

## Hacia una Literatura Nacional

Por WASHINGTON LOCKHART

Este trabajo fue publicado, originalmente, en la revista "Asir". Lo reproducimos aquí no sólo por la calidad que posee, sino porque su enfoque, siempre válido, merece ser leído o repensado con detenimiento. El problema que en él se trata es permanente, y recorre la historia de nuestra Literatura desde su nacimiento.

vuelto con la novedad de algunos emblemas, de algunos rótulos. Y entre tanto, en el fondo, persistiendo en los vicios ideológicos antes mencionados.

Como toda juventud, es la nuestra la que de la incertidumbre es posible salir de ella partiendo de ella, de sus buenas intenciones. "Quien quiera salvar su vida la perderá..." Para recobrarla, en cierto modo, hay que querer perderla; y es que, a fuer de hombres, aunque medianamente vivos, ocurren en nosotros iluminaciones y oscurecimientos, esas alternativas y conocimientos reveladores, de las que toda "verdad, creamos así, podrá algún día surgir. Si generalmente frustramos esa revelación, se debe a nuestro afán adolescente de eludir esos conflictos, de adoptar los productos culturales ya hechos, de querer saber sin molestarse en aprender. Nuestra modalidad, mal que nos pese, es la indeterminación: no disponemos, por el momento, de otro camino que el de vivirla hasta sus últimas derivaciones, sufrir nuestra condición, partir de este no estar que es nuestro único patrimonio aprovechable, para razonar nuestro desvalimiento, para darle a nuestros sueños la resonancia de nuestras incapacidades.

Estamos, por razones obvias, condenados a desdoblarnos en nuestra realidad como Fabricio en Waterloo, ignorando las dimensiones y el alcance de nuestros conflictos, el carácter específico de nuestra condición, el estado vulnerable por el cual irrumpan los más gravísimos sucesos. Hay, a poco que extrememos nuestras exigencias, una desacomodación entre las ideas prefabricadas que heredamos y la peripetia concreta que vivimos; nuestros desvaríos se entrecruzan, de lo cual quienes ignoran el suyo extrañan inagotable solaz; cada vez que organizamos nuestras suficiencias, estamos exhibiendo —generalmente lo advertimos tarde, algunos nunca— nuestras insuficiencias.

A las formas universales de la desdicha humana, se suman en nosotros las formas particulares, propias de las formaciones incipientes. En una época en la que, salvadas las distancias, Francia presentaba con nosotros analogías propias de la edad, observaba Montaigne: "Nos preocupamos más en interpretar las cosas; hay más libros sobre los libros que sobre todo otro tema; no hacemos más que entreglosarnos". No podemos así asombrarnos que, siendo tan escasa nuestra producción literaria, aparezca sin embargo entre nosotros quien emplea sus mejores energías en realizar una crítica de críticos. Ni de que yo mismo, al criticarlo, me convierta en crítico en tercera instancia.

Esa misma desatención a la peculiaridad de nuestra experiencia, esa falta de sustancia y de arraigo, hace degenerar toda labor creadora en una búsqueda de efectos singulares, de originalidad externa. Decía el mismo Montaigne: "Son demasiado osados y desdeseñosos para seguir el camino común; pero su falta de invención y de discreción los pierde; no se ve en ellos más que una afectación de rareza, de disfraces fríos y absurdos que, en lugar de elevar, rebajan el asunto; con tal de ufanarse con la novedad, no se cuidan de la eficacia."

Con ese cultivo del "genio" individual se va perdiendo cada vez más el sentido de la comunidad. Hoy nadie puede negar que "la subjetividad es la verdad" (Kierkegaard); pero por desgracia, solamente lo es, si lo es, como exclusividad del sujeto. Siguiendo ese camino, cada uno llega a tener su religión particular, es decir; a no tener ninguna, a no religarse a nadie. Arrastrados en la cresta de la ola, espumando un placer a flor de piel, naufragamos de ese modo en lo fugaz y lo fragmentario, en la sensación versátil y excitante. Lo más res-

sobrenadadas en su calidad de sensibilidades, objetos propios de la juglería ingenua de los desahogados.

Lo más sensible es que no seamos capaces de voluntad de disciplina, carencia que es peor, de respeto a nuestra sustancia. Flaubert, que escribiera fin día durante 16 horas para terminar una de sus obras, fue capaz, llegando el caso, de destruir cinco versiones de "M. Bovary" antes de conformarse con la definitiva. Nosotros, en cambio, escribimos —cuando lo hacemos— una obra si apenas escrita no aparece enseguida en los escaparates de las librerías. Afortunadamente, nuestra historia no se ha de estar escribiendo en los escaparates. No llega a ser vanidad, es apenas un ridículo presunción hablar, como se habla de "nuestra generación" literaria. Hay, aquí y allá, ensayistas, oficiales auto-elegidos, jóvenes atacados de sampanión literario, cuya soledad, fragmentada ante experiencias que no han tenido, tomará mañana, como sucede hoy con los de ayer, por el camino más remunerador de la política o de la ocupación burguesa. Podemos estar seguros de una cosa: no escaparemos de nuestra indigencia en el alar de una generación que, en sí, no existe; la generación actual, a ser que persistimos en conservar un sentido, la forma una especie de soledad plural; se sostiene en la elección honrada de cada uno, complicándose con las cosas y con los sucesos hasta dar con su meollo, viviendo sin falsas urgencias y sin posturas fariseicas las alternativas que a cada uno le toca en suerte, estableciendo vínculos auténticos con dichos conflictos y con quienes sientan que, en primerísimo lugar, es necesario vivir en ellos, no en la literatura a que dan ocasión.

La personalidad, dice Hoffding, requiere en sus procesos expansivos, asumir lo extraño; antes de hacerlo suyo, de "incorporárselo", transcurre un tránsito, una afectación momentánea; "pero se hace permanente —agrega— cuando el principio ajeno recibido se practica con todas sus consecuencias, aún cuando no arraigue en la propia personalidad". Casi todos nosotros vivimos en ese tránsito, simulando poseer intimamente lo que apenas, en el mejor de los casos, poseemos a título informativo, o como exterioridad técnica. La cultura occidental nos llegó desgraciadamente de afuera, como una catástrofe; todos venimos del judeo-cristianismo, de la concepción griega de la persona, del derecho romano; todo ello adulterado por hábitos de doblez que fueron creciendo con las pretensiones racionalistas que, en los últimos siglos, precipitan soluciones artificiales y un optimismo que, hoy lo vemos, nada justificaba. No puede extrañarnos, si, vista en su junto, esa historia cultural se nos aparece forzosamente —más que la vida misma— como "un cuento contado por un idiota", como "ruido y furia" sin sentido. Pero el estado de salud, si es que existe, requiere el pasaje por la enfermedad; eso, se dice, inmuniza. Nosotros hemos recibido, como de regalo, una apariencia de salud. Pero es bueno no engañarse ni creer en el ingenio "slogan" de que somos pueblos jóvenes. Al contrario; por no haber gozado de juventud somos doblemente viejos. Hemos nacido viejos. No veo qué ventajas obtendríamos, a no ser las de una egoísta irresponsabilidad, avergonzándonos de ser una segunda edición, disminuida y alterada, de la cultura europea, de nuestra condición de colonia; nosotros, los que hemos visto por meras razones geográficas, un poco a la distancia, las barbaridades cometidas por los "cultos" de Dachau, en Hiroshima, que respiramos la misma "nuestra moral que las produjera, somos como

tamos manchados por esa sangre; sólo un azar ha hecho que sean unos y no otros quienes la derramaron. Desde el momento que uno de nosotros lo es, todos lo somos. Lo que se trata de salvar, lo que tenemos que saber, es si, siendo repartidos a ese orbe, está, no obstante, en nuestras manos, la posibilidad de superar esas etapas sombrías; si somos capaces, de alguna manera, de proseguir su evolución en el sentido que señalaban nuestras esperanzas, de restablecer el sentido de la dignidad humana que en Europa, juzgada con su propia moral, ha llegado a caer tan bajo.

Es inútil querer engañarnos; somos europeos residentes en América, acaudados, como en una incubadora, del calor de nuestra madre natural. No negamos que es urgente atender nuestra realidad más próxima, beber en las fuentes mismas de la cultura uruguaya; por el mismo, leamos a Homero. Pero es en H. D., sino en Tucídides o en Platón donde aprenderemos a conocernos, mejor, donde las vidas de nuestros héroes, incluso, adquiriran un sentido. "Es un pantoso pensar —dice Péguy— que tenemos el derecho de hacer una mala lectura de Homero". Es decir de admitir todas nuestras verdades con todos los personajes apropiados y que admiten derechos de la razón, que por ser la de cada uno no es más la de nadie, pretendiendo validar. Pero, preguntamos nosotros; ¿hasta qué punto podemos, sin queriéndonlo con todas las ganas, realizar una buena lectura de Homero? ¿Hasta qué grado nos es posible reconstituirnos esa cultura clásica en donde, no cabe duda, reside la clave de nuestros desvaríos? Forzosamente, por simples razones materiales —por si no hubiera otras—, nuestra labor a ese respecto está condenada a ser incompleta e imperfecta; ambularemos a lo sumo, aquí y allá, lograremos atisbos y aproximaciones, pero renacer a ese mundo en su viviente plenitud, es soñar. Pero después de todo, no hay por qué perder toda esperanza; cada vez que actuamos y meditamos, Platón pleno y actual en nosotros, y como Platón, los estoicos, los profetas judíos; como Mr. Jourdain la prosa, gozamos de esa cultura sin saberlo; las articulaciones de nuestra psique, el tono de nuestras creencias conservadas, indelebles, esos rasgos primarios; es cierto que la mayor parte de las veces cristalizados o fragmentados, pero su virtud permanece latente; de nuestra sagacidad tanto como de nuestro esfuerzo sin concesiones defenderá su actualización; la revisión del pasado, si lo llegamos a reconocer en su eterna actualidad, coincidirá entonces con una visión agudizada del presente.

Lamentablemente, vivimos en una casa demasiado ventilada. Erumpen a cada paso, sostenidas por snobs vociferos, una serie de posturas exóticas que, quieras o no, terminan por interferir con nuestras preocupaciones; se nos agrada con Joyce, con Faulkner, con Elliot, con Sastre; se nos obliga a considerar uno tras otro esos "platos voladores" de la literatura, con mengua de aquellos valores fundadores cuya consideración nunca debíamos de haber abandonado. Se nos despoja del "tiempo" indispensable para una maduración armónica de nuestra personalidad. Quienes se atienen a lo actual, no comprenden ni siquiera lo actual, faltos de referencias que podrían situarlo en su integridad. La multiplicidad de esas influencias, además, excede nuestra capacidad de asimilarlas. Evindicemos las épocas que se atienen a unos pocos libros, pero que los poseían a fondo; el que sabe bien unas pocas cosas, sabe en realidad muchas más; lo deseable no es enterarse —tener noticia— de todas las "novedades" sino de afianzarnos en las más res-